

Kai Meyer

LA HIJA DEL
ALQUIMISTA

algaida
eco

Título original: *Die Alchimistin*

Editado en Alemania por Wilhelm Heyne Verlag GmbH, München

© Kai Meyer, 1998, 2007

© traducción: Patricia Losa, 2010

© de esta edición: Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-759-8

Depósito legal: Se. 1.903-2012

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO. 1987	13
Capítulo 1	15
Capítulo 2	59
Capítulo 3	115
Capítulo 4	139
Capítulo 5	171
Capítulo 6	191
Capítulo 7	213
Capítulo 8	233
Capítulo 9	265
Capítulo 10	297
Capítulo 11	329
LIBRO SEGUNDO. SIETE AÑOS DESPUÉS. 1904	363
Capítulo 1	365
Capítulo 2	407
Capítulo 3	441
Capítulo 4	463
Capítulo 5	489
Capítulo 6	511
Capítulo 7	525

Capítulo 8	541
Capítulo 9	561
Capítulo 10	587
EPÍLOGO	661
EPÍLOGO DEL AUTOR	0

*Para Steffi,
que lo ha hecho posible*

Un acertijo de la Edad Media:

*«De un clavo dependía una herradura.
De una herradura, un caballo,
de un hombre, un castillo.
De un castillo, un país».*

Al día de hoy nadie ha hallado aún la solución.

LIBRO PRIMERO

1897

CAPÍTULO I

DE REPENTE, APARECIÓ EL CASTILLO.
El chico echó un vistazo por la ventana mientras el carruaje luchaba por atravesar las dunas, oscilando y resbalando por la arena inestable. Así descubrió el castillo y el mar Báltico, sobre el que aquel se alzaba.

Todo era muy diferente a como se lo había imaginado. Claro, no podía ser de otra manera.

No había torres, ni almenas; el castillo no era de ese tipo. Se erigía sobre una isleta rocosa. Los muros surgían de las claras paredes de piedra como si hubieran ido creciendo directamente del mineral a lo largo de los siglos. El mar yacía oscuro y liso bajo el cielo otoñal; sin embargo, el espumoso oleaje se estrellaba contra la isla, casi como si el agua se opusiera a la tétrica arrogancia del arrecife que se erguía anguloso y mudo sobre su superficie.

El cúmulo de rocas calizas sobre el que se asentaba el Castillo Institoris estaba rodeado por un archipiélago de isletas diminutas e infranqueables, no mayores que una casa. El chico contó cuatro, pero cuando el carruaje completó una curva, se abrió la vista a un ángulo distinto de la isla, que le descubrió una quinta formación rocosa hasta entonces oculta tras la fortifi-

cación. Sobre ella, había un viejo faro decorado con rayas rojas y blancas; un cíclope en estado de descomposición, cuyo ojo luminoso hacía tiempo que se había apagado. Tan solo las gaviotas seguían habitando su balaustrada, desde donde oteaban, vigilantes, el mar.

Pájaros, en suma. El joven se sorprendió de la callada majestuosidad con que navegaban los vientos sobre aquella tierra desierta de infinitos bastiones de arena y valles de dunas, de reducidos bosquecillos de alisos que se inclinaban sobre el terreno, de robles combados por el viento y matojos de genista. Sin embargo, por encima todo, lo que más atraía su mirada era el castillo. Su nuevo hogar.

Cuanto más se acercaban a la orilla, mayor número de pequeños detalles podía distinguir. El Castillo Institoris, al igual que la isla sobre la que se asentaba, había tomado la forma de una herradura, entre cuyos brazos se hallaba un grupo de altísimos cipreses que despuntaban por encima del edificio y obstaculizaban la visión del bloque central. Las alas laterales, por su parte, situadas hacia el este y el oeste, podían distinguirse con claridad: tenían tres plantas y el mismo tono gris que el mar. Tres largas hileras de ventanas, una encima de otra, aparecían bordeadas de blanco, lo que contribuía a resaltar que tras la mayoría no brillara ninguna luz. Los techos eran escarpados, y sobre sus aguilones destacaba todo un regimiento de negras chimeneas situadas una junto a otra. De alguna de ellas escapaban rizadas volutas de humo que adoptaban la forma de hinchados nubarrones.

—Christopher.

No estaba acostumbrado a las voces femeninas, y mucho menos a una que pronunciara su nombre con tanta delicadeza. Apartó la cara un tanto confuso de la ventana del carruaje y sonrió a su nueva madre.

Ella dejó a un lado el libro que había sostenido durante todo el trayecto, pero que no había abierto ni una sola vez, y se inclinó hacia el chico con simpatía.

—Christopher —repetió ella, como si quisiera acostumbrarse al nombre—, en realidad es mucho más comfortable de lo que parece. Te gustará, ya lo verás.

Aquellas palabras delataban un cierto cansancio, como si las hubiera recitado en incontables ocasiones tratando de que quizás, algún día, se volvieran realidad.

No era, no obstante, que Christopher no estuviera feliz. En realidad lo estaba, muy feliz. Quizá esa emoción quedara un poco enturbiada por la confusión, y por supuesto por el miedo a lo desconocido, pero, aun así, sentía una gran alegría o, para ser más exactos, imaginaba que aquello que estaba experimentando era auténtica alegría. No podía estar seguro, puesto que no tenía nada con lo que compararlo.

Charlotte Institoris llevaba un curioso sombrero decorado con caracolas, muy original. El pelo estaba recogido en un moño, y únicamente un par de tirabuzones negros como la pez escapaban bajo el ala del tocado. Sus elevados pómulos destacaban exageradamente en su rostro delgado y ceniciento. No era una mujer hermosa, si bien intentaba aportarle calidez a sus rasgos sonriendo continuamente.

—Estoy seguro de que me encontraré a gusto —dijo, quizá excediéndose un poco con las formalidades.

El hermano Markus, el director del orfanato, le había inculcado lo que debía responder: «Di que te gusta, da igual lo que se te presente. Nosotros no podremos ofrecerte nada mejor».

Para evitar que ella pensara que solo estaba tratando de convencerse a sí mismo, Christopher decidió que debía añadir rápidamente otro comentario, el que fuera.

—Soy un remero experto.

Charlotte le observó un momento, sorprendida, después sonrió con dulzura.

—Tesoro mío, no tendrás que remar. De eso se encargan los sirvientes. Están esperándonos en la playa.

«Tesoro mío». Ya le había llamado así un par de veces. Le hacía sentirse incómodo. Christopher tenía diecisiete años, era casi un hombre y, sin embargo, lo trataba como a un niño, como a su niño. Pero, al fin y al cabo, iba a ser su hijo a partir de entonces.

Sintió que iba a estornudar y cogió aire. Ella le tendió, atenta, un pañuelo limpio. Justo a tiempo.

«Magnífico», pensó él, «debe pensarse que está llevándose a casa a un inválido». Sin embargo, no estaba enfermo, ni siquiera tenía un mal resfriado. Era aquel olor lo que no podía soportar, el olor de los libros. Le daba alergia.

Por fin, el carruaje se detuvo.

Christopher esperó a que Charlotte saliera al aire libre antes de seguirla. Sus pies aterrizaron sobre arena húmeda, y el frío del mar Báltico le dio de lleno en la cara. Apenas unos instantes después, los labios comenzaron a saberle salados.

Un largo embarcadero se prolongaba desde la playa hasta el mar y, en su extremo, aguardaba amarrada una

chalupa con las velas arriadas. Tres hombres salieron a su encuentro procedentes de la nave, caminando con estruendosas zancadas que retumbaban sobre los maderos del muelle, y los tres se inclinaron ante Charlotte. Después, saludaron a Christopher con un respetuoso gesto de la cabeza. Aquello era tan nuevo para él que estuvo a punto de romper a reír. Algo más a lo que debía acostumbrarse.

El cochero hizo girar a los caballos y se despidió con una seña y los chasquidos de su látigo. Entonces, retomó el trayecto a través de las dunas.

Poco después, Christopher se encontraba sentado junto a Charlotte en un camarote protegido del viento. La nave abandonó el embarcadero. En el interior de la estancia, cada paso que daban los tres hombres resonaba con un tremendo estrépito. Christopher intentó mirar hacia el exterior, pero las dos ventanas existentes estaban cubiertas de salitre y apenas permitían ver nada. Charlotte lo miró cariñosamente, como si fuera a acariciarle la mejilla de un momento a otro.

«Cree que estoy contento», pensó el muchacho, «y así es, ¿verdad? Estoy contento».

El barco hendió las aguas, rumbo a la isla y al castillo situado sobre el arrecife.

—Son quinientos metros en línea recta —dijo Charlotte—, aunque parece estar mucho más lejos, ¿verdad?

Christopher asintió, afirmativo. Ni siquiera había pensado en ello hasta ese momento. Solo sabía que quinientos metros era un buen trecho para quien quisiera recorrerlos a nado.

Se quedó aún más callado que antes, pero Charlotte no se lo tomó a mal. Había guardado en un bolso el libro cuyo olor le había castigado tanto, por lo que poco a poco Christopher iba recuperando el aliento.

Bajo la atenta mirada de su madre adoptiva, comenzó a recordar.

Recordó el carruaje, la aldea. Recordó el viaje en tren, el primero y único que había realizado hasta entonces. Recordó la casona de Lübeck de la que se había marchado, una casa llena de niños y de gritos. Nunca tendría que volver a soportar el asfixiante olor de la sala de dormir, el hedor de los secretos que se guardaban bajo sábanas empapadas en sudor y el de las enemistades infantiles.

Iba a extrañar al hermano Markus. A él, únicamente. El hermano Markus le había inculcado con insistencia que confiara en la esperanza de un futuro mejor, un futuro que finalmente se presentaba ante él, frente a la proa de aquel barco. En un pedazo de roca en el mar Báltico.

«Es mucho más confortable de lo que parece».

Por primera vez experimentó una tristeza genuina. ¿Sería nostalgia?

«Estoy seguro de que me encontraré a gusto».

Aquello que tenía en frente ya era su casa. Su hogar.

«Solo quinientos metros».

Aquella era la distancia que le separaba de su futuro. Así de cerca estaba.

El hermano Markus le había acompañado personalmente hasta la estación. Aunque a simple vista pu-

diera parecer un hecho sin nada de extraordinario, lo cierto era que, habitualmente, era alguno de los criados el que se encargaba de aquella labor. Descargaba a los muchachos frente a sus nuevos hogares o lugares de trabajo como si fueran sacos de carbón, recibía la propina y después se marchaba con gesto enfurruñado.

Sin embargo, con Christopher había sido diferente. Era el mayor del orfanato y, en opinión del hermano Markus, también el más inteligente. No obstante, demostrar aquella afirmación le habría resultado difícil, pues lo que había convencido al religioso no había sido que el chico poseyera notables conocimientos, o una habilidad particular con los números, no. Era la enfermedad de Christopher lo que le hacía tan especial.

Desde que era muy niño había sido incapaz de tolerar el olor de la cola de encuadernar: ante un solo tomo, respiraba con dificultad; ante una estantería, se retorció de sufrimiento; en una biblioteca, llegaba a perder la consciencia. Sin embargo, y al contrario que los restantes niños del orfanato, se empeñaba en aprender. El hermano Markus, impresionado, lo convirtió en su pupilo particular, le consiguió algún que otro libro y se dedicó a cuidar de él cuando Christopher estudiaba sin descanso, a costa de todas sus fuerzas y de algún que otro ataque de asma.

Mientras a los restantes niños se les llevaba en seguida a talleres de artesanía, donde se les adiestraba y no tardaban en tener que trabajar como hombres adultos, con Christopher, el hermano se impuso la meta de convertirlo en un erudito. Aunque evidentemente los estudios universitarios quedaban excluidos por motivos económicos, lo cierto era que tanto maes-

tro como alumno disfrutaban por igual de las horas de clases particulares en el cuarto de Markus. Ningún maestro carpintero, ningún carnicero aceptaba a un muchacho tan ilustrado, por lo que Christopher permaneció en el hogar de acogida año tras año, y descubrió que los demás chicos le llamaban, casi con desprecio, el «Desecho».

Hasta el día en que apareció Charlotte Institoris buscando un hijo adoptivo. La mujer especificó que no debía tratarse de un muchacho demasiado joven, lo que despertó de inmediato las sospechas del religioso. Sin embargo, ella logró demostrar su honorabilidad mediante excelentes referencias. Perteneecía a la vieja aristocracia por lado materno, había dado a luz a dos hijas y, hacía ya dos años, había adoptado a otro chico. Confirmaban sus aseveraciones diversos informes por escrito, redactados por organismos administrativos dignos de confianza. El hermano Markus logró incluso dar con la casa de acogida en la que se había criado el otro muchacho. Su directora le puso al corriente de que Daniel les escribía cartas con asiduidad, y en ellas se mostraba siempre y sin excepción muy contento, cuando no directamente entusiasmado, con su nuevo hogar.

El hermano Markus y Christopher mantuvieron largas conversaciones sobre el tema, hasta que finalmente llegaron a la conclusión de que aquella era una oportunidad que bien merecía aprovecharse. Finalmente, a Christopher se le concedería lo que, a los ojos del religioso, llevaba mereciendo mucho tiempo: una familia y un entorno en el que su desarrollo intelectual pudiera encontrar sustento y estímulo. El hermano

Markus estaba encantado y Christopher... Bueno, Christopher también estaba contento. A su manera.

Evidentemente no le agradaba tener que abandonar a su paternal maestro, y por supuesto se preguntaba qué tal sería su futura vida en un auténtico castillo. No siendo nada más que un simple huérfano abandonado por su madre nada más nacer, ¿no tendría todas las probabilidades de decepcionar a la familia Institoris? ¿Qué tal se llevaría con sus nuevos hermanos? Y, a pesar de todo cuanto había estudiado, en cuestión de formación y conocimientos, ¿no se encontraría claramente en inferioridad de condiciones frente a ellos?

Estas y otras dudas le asaltaban mientras el hermano Markus le acompañaba a la estación, un mes después de la primera visita de Charlotte. Tras instruirle una vez más, concretamente la décima o undécima en los últimos días, en las necesarias normas de etiqueta, Markus lo besó en ambas mejillas, lo abrazó afectuosamente y le deseó buen viaje.

Entonces, Christopher se quedó solo, si bien únicamente por unas horas. Charlotte Institoris quiso esperarlo en la estación del pueblo, donde aguardaría entusiasmada su llegada, tal y como le había asegurado en una cariñosa carta.

El barco se deslizó silenciosamente junto a dos grandes sillares de roca, tan altos como una persona, que marcaban la entrada a una pequeña bahía. Sobre cada bloque reposaba un león de piedra. Las miradas de los animales se cruzaban por encima de las aguas.

La bahía se encontraba en el centro de la herradura que conformaba la isla, delimitada por empinadas paredes de piedra de dos metros de altura. Una estrecha pasarela conducía hasta el centro de la curva.

En el punto en el que el puente tocaba el suelo, se alzaba un muro negro y verde de cipreses, monstruosidades vegetales en forma de cono que ocultaban la visión de medio cielo. Christopher estaba convencido de no haber visto nunca en su vida árboles tan altos. Debían medir veinte o veinticinco metros.

Le había pedido a Charlotte que le dejara ver cómo atracaba el barco desde la cubierta, y ella había aceptado de buen grado. Incluso salió con él del camarote y se apoyó a su lado sobre la borda, mientras sujetaba fuertemente con la mano su sombrero para que el viento no lo arrastrara. No le importó lo más mínimo estar estorbando a los tres marineros.

El barco llegó suavemente al muelle. Uno de los hombres ayudó a Charlotte y a Christopher a desembarcar, mientras los restantes se ocupaban de los amarras y las velas. Por último, el sirviente colocó sobre las tablas el equipaje del muchacho: una desgastada maleta de cuero que el hermano Markus le había regalado. Además de sus escasas prendas de ropa, que además no eran en absoluto adecuadas para semejante entorno, llevaba numerosos cuadernos de páginas cosidas en los que había anotado a lo largo de los años todos sus conocimientos. Eran su mayor orgullo.

Las olas se deslizaban chapoteando ligeramente contra las paredes de la bahía. Las pálidas rocas calcáreas estaban cubiertas por un limo verde allí donde las tocaba la marea. Un profundo bufido atrajo la mi-

rada de Christopher hacia las copas de los cipreses, que se combaban misteriosamente por la acción del viento, susurraban y bramaban. Era un sonido enigmático, incluso un tanto amenazador.

Una chiquilla de rizos rubios, ataviada con un vestido blanquiazul de volantes, salió a su encuentro en la pasarela. Christopher calculó que no tendría más de diez años.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó la pequeña—. ¡Mira qué caracolas he recogido!

Charlotte se agachó sonriente hasta alcanzar la altura de la niña. Con fingido asombro miró las manos abiertas de la pequeña. En cada una de ellas había dos conchas blancas, tan grandes como el dorado reloj de mesa que el hermano Markus se ocupaba de poner en hora cada domingo.

—Son maravillosas —exclamó Charlotte, entusiasmada.

—Son para ti —anunció su hija, resplandeciente.

—¡Oh! —Charlotte recogió cuidadosamente las caracolas y las colocó con precaución en el interior de su bolso. Después, abrazó a la niña—. Muchas gracias, tesoro.

Christopher permaneció a un lado, observando a madre e hija con sentimientos encontrados. Aquella visión irradiaba calidez y seguridad, pero al mismo tiempo le creaba el temor de estarse infiltrando como un extraño en aquella familia.

Charlotte se levantó, colocó un brazo en torno a Christopher y lo colocó frente a la pequeña.

—Este es Christopher —dijo, festiva—. Es tu nuevo hermano —entonces, señaló a su hija—. Y este angelito es Sylvette, la pequeña de la casa.

La niña le tendió educadamente la mano y lo observó, no sin cierta desconfianza, cuando él la aceptó. La benjamina dio un respingo.

—¡Pero no seáis tan formales! —les animó Charlotte—. ¡Daros un abrazo!

Ambos obedecieron a regañadientes. Sylvette se sentía muy desprotegida en los brazos de Christopher, y este la liberó tan rápido como pudo.

—¿Los demás también están allí? —preguntó él, finalmente, porque el silencio de la niña le resultaba muy incómodo.

Charlotte cogió a ambos de la mano y les llevó hasta tierra firme. Era una mujer de gran altura, pero Christopher, a pesar de todo, sobresalía media cabeza por encima de ella. Si alguien los vigilaba por entre la espesura de los cipreses, encontraría una visión llamativa.

—Conocerás ahora mismo a Aura y Daniel, están en el castillo —dijo Charlotte.

—Y... ¿padre? —la duda que precedió a aquella palabra tan inusual difícilmente podría haberle pasado desapercibida a Charlotte.

Sin embargo, antes de que ella pudiera replicar nada, Sylvette exclamó:

—Padre nos odia. Padre nos odia a todos.

Charlotte se detuvo de golpe, petrificada. Su rostro fino, bajo su sombrero de conchas, se volvió blanco como la cal cuando miró horrorizada y llena de fría rabia a la niña.

—¿Cómo puedes decir algo así?

La pequeña insistió, obstinada.

—¡Pero si es verdad!